

Anthony Michaels Moore, príncipe de Dinamarca

El Concertgebouw ofreció una versión concertante del hoy rarísimo HAMLET de Thomas, una ópera a veces pretensiosa y ciertamente no del todo lograda, pero que cuando se hace bien vale la pena. Louis Langrée ha mejorado como director, aunque sigue con una tendencia a apresurar (y banalizar) los tiempos rápidos y a engolosinarse con el sonido de una orquesta excelente como la Radio Filharmonisch al punto de perder algunas veces el equilibrio con las voces. Si el Laertes de Marcel Reijans fue estimable, y tuvimos la suerte de que Stefania Toczyska sustituyera a última hora a una de esas nuevas candidatas a "star" en la reina, Alain Vernhes fue un Claudio verdaderamente real. Sumi Jo se llevó los mayores aplausos. Cantó muy bien y, salvo en los ¿trinos?, con gran solvencia técnica, aunque nadie pareció reparar en su ininteligible pronunciación, su eterna impavidez disfrazada a veces de melosidad, y su Ofelia formato Olimpia (ciertamente más soportable aquí que en Gilda, por ejemplo). Pero donde se alcanzó la altura de lo magistral fue en el protagonista. Heredero de los grandes nombres que han hecho suya esta parte, en su primer contacto con ella, Anthony Michaels Moore dijo, cantó, fraseó con tal comodidad y con una noción del estilo hoy tan inusual, con un timbre tan bello (y adecuado), con una dicción tan magnífica, que varias veces tuve que asegurarme de estar despierto. La ovación que coronó su magistral intervención al final del primer acto fue estricta justicia, pero debió ser más larga y sobre todo reiterarse al final. Como no parece ser un cantante mediático (cruzo mis dedos) y las casas de disco demuestran una vez más su ceguera, tal vez lo tengamos por muchos años. Ojalá que así sea.

JORGE BINAGHI